

día en día y que ahora me hace padecer. Tú no puedes querer que yo padezca... Y aun cuando debieses morir, aunque esta sombra hubiese de matarnos a los dos ¿llegarías a vacilar? ¿Sentirías la menor pena? Quedaríamos acostados juntos, al pie del árbol; dormiríamos para siempre, el uno junto al otro. Sería de lo más hermoso, ¿no te parece así?

—Sí, sí—tartamudeó Sergio, vencido por la locura de aquella pasión tan vibrante de deseo..

—Pero no moriremos—continuó Albina, alzando la voz y con risa de mujer victoriosa;—viviremos para amarnos... Es un árbol de vida, un árbol bajo el cual seremos más fuertes, más sanos, más perfectos. Verás, todo nos resultará a pedir de boca. Podrás cogerme, así como lo soñabas, tan estrechamente, que ni un pedacito de mi cuerpo quede fuera de ti. Para entonces me imagino algo de celestial que bajará hasta nosotros... ¿Lo quieres?

Sergio palidecía y agitaba los párpados, como si una claridad excesiva le molestase.

—¿Lo quieres? ¿Lo quieres?—repetía, más ardiente, incorporada casi.

Sergio se puso en pie y la siguió, vacilante al principio, y adherido después a su cintura, sin poder separarse de ella. Iba a donde ella iba, arrastrado en el cálido y corriente aire de su cabellera. Y como él fuese un poco detrás, ella medio se volvía; su rostro resplandecía de amor, su boca y sus ojos eran una tentación que le llamaban, con tal imperio, que habría acompañado por do quiera, como un perro fiel.

XV

Bajaron y anduvieron por en medio del jardín, sin que Sergio dejara de sonreír. No distinguía las enramadas sino en los claros espejos de los ojos de Albina. El jardín, al verles, había demostrado como una prolongada risa, un murmullo de satisfacción volando de hoja en hoja hasta el extremo de las avenidas más profundas. Hacía días que debía de esperarles, cogidos por tal modo de la cintura, reconciliados con los árboles, buscando sobre los lechos de hierba su amor perdido. Un "¡silencio!" solemne corrió bajo las ramas. El cielo de las dos de la tarde ofrecía un amodorramiento de brasero. Había plantas que erguían sus tallos para mirarles pasar.

—¿Las oyes?—preguntaba Albina a media voz.
—Se callan cuando nos acercamos. Mas, allá lejos nos esperan y se confían una a otra el camino que nos deben de indicar... Ya te dije que no habíamos de inquietarnos por los senderos. Los árboles son los que me señalan la ruta, con sus extendidas ramas.

En efecto, el parque entero parecía impelerles con dulzura. A sus espaldas se erizaba una barrera de matorrales como para impedirles volver atrás; mientras que delante de ellos la alfombra de céspedes se desarrollaba, con tanta quietud, que ni si-

quiera miraban ya a sus pies, abandonándose a las suaves cuestas de los terrenos.

—Y las aves nos acompañan—prosiguió Albina. Ahora son abejarucos. ¿No los ves? Se deslizan a lo largo de los setos y se detienen a cada recodo para cuidar de que no nos extraviemos. ¡Ah! si entendiésemos su canto, sabríamos que nos invitan para que nos apresuremos.

Y acto seguido, agregaba:

—Todos los animales del parque están con nosotros. ¿No los sientes? Hay un gran batir de alas que nos sigue: son los pájaros en los árboles, los insectos en las hierbas, los corzos y los ciervos en los sotos, y hasta los peces, cuyas aletas agitan las silenciosas aguas; no te vuelvas, que se asustarían; pero estoy segura de que tenemos un magnífico acompañamiento.

Entretanto continuaban andando con sosegado paso. Albina hablaba tan sólo para encantar a Sergio con la música de su voz y éste obedecía a la menor presión de la mano de la joven. Uno y otro ignoraban por dónde iban, en la seguridad de que caminaban en derechura a donde querían ir. Y, a medida que avanzaban, el jardín se presentaba más discreto, contenía el suspiro de sus umbrías, el parloteo de sus aguas, la ardiente vida de sus animales. Notábase allí tan sólo un gran silencio estremecido, una espectación religiosa.

Entonces Albina y Sergio alzaron instintivamente la cabeza. Frontero a ellos se hallaba una hojarasca colosal. Y, como titubeasen, un gamo, que les miraba con sus bellos y dulces ojos, se metió de un brinco en el soto.

—Allí es—dijo Albina.

Acercóse la primera, con la cabeza vuelta de nuevo y atrayéndose a Sergio; luego desaparecieron tras del estremecimiento de las hojas removidas y todo quedó tranquilo. Penetraban en una paz deliciosa.

Hallábase, en el centro, un árbol sumergido en

tan espesa sombra, que no se podía distinguir la clase a que pertenecía. Tenía una alzada gigantesca; un tronco que respiraba como un pecho y ramas que extendía a lo lejos, semejantes a miembros protectores. Parecía bueno, robusto, poderoso, fecundo; era el decano del jardín, el padre de la selva, el orgullo de las plantas, el amigo del sol que se levantaba y se ponía diariamente en su copa. De su verde bóveda bajaba toda la alegría de la creación: aromas de flores, cantos de aves, gotas de luz, frescos despertares de aurora, tibiezas adormecidas de crepúsculo. Era tal la fuerza de su savia, que desbordaba de su corteza; bañábase con un vaho de fecundación; hacía de él la virilidad misma de la tierra. Y él solo bastaba para el encanto de aquel claro. Los demás árboles, alzaban en torno suyo el impenetrable muro que le aislaba en el fondo de un tabernáculo de silencio y de semi-claridad; no existía allí más que un verdor, sin un rincón del cielo, sin un reflejo de horizonte; veíase tan sólo una rotonda, revestida por doquier con la tierna seda de las hojas, tapizada en el suelo con el satinado terciopelo de los musgos. Entrábase allí en el cristal de una fuente, en medio de una limpidez verdosa, sábana de plata adormecida bajo un reflejo de cañaverales. Colores, perfumes, sonoridades, escalofríos, todo permanecía indeciso, transparente, sin nombre, desfallecido de una felicidad que llegaba hasta el desvanecimiento de las cosas. Una languidez de alcoba, una claridad de noche de estío, yendo a morir sobre los desnudos hombros de una amante, un baluceo de amor apenas distinto, cayendo bruscamente en un grande y mudo espasmo, arrastrando en la inmovilidad ramas que no agitaba ni un soplo. Soledad nupcial, poblada por completo de seres abrazados, estancia vacía, en la que se sentía en alguna parte, detrás de las cortinas corridas, en un ardiente ayuntamiento, la naturaleza saciada en brazos del sol. A veces los flancos del árbol crugían; envará-

banse sus miembros como los de una parturienta; el sudor de vida que se desprendía de su corteza, llovía más abundante sobre los céspedes de alrededor, exhalando la noticia de un deseo, impregnando el ambiente de abandono, palideciendo el claro con un goce. El árbol entonces palidecía con su sombra, con sus alfombras de hierba, con su cinturón de espeso bosque. No era ya aquello sino una voluptuosidad.

Albina y Sergio permanecían embelesados. Desde el momento en que el árbol les hubo acogido bajo la dulzura de su ramaje, sintiéronse curados de la intolerable ansiedad que habían sufrido. Ya no sentían aquel miedo que les hacía huir el uno del otro, aquellas luchas ardientes, desesperadas, en las cuales se laceraban, sin saber contra qué enemigo resistían tan furiosamente. Por el contrario, una confianza absoluta, una serenidad suprema les henchía; abandonábanse uno a otro, deslizándose blandamente al placer de hallarse juntos, muy lejos, en el fondo de un retiro milagrosamente oculto. Sin sospechar todavía qué era lo que el jardín exigía de ellos, dejábanle libre para que dispusiese de su ternura; esperaban, sin turbación, a que el árbol les hablase; llevábales a una ceguedad tal de amor, que el claro desaparecía, inmenso, soberano, dejando tan sólo un esparcimiento de aromas.

Habíanse detenido, con un ligero suspiro, sobrecogidos por la almizelada frescura.

—La atmósfera tiene el sabor de una fruta—murmuró Albina.

Sergio, a su vez, dijo en voz queda:

—La hierba parece tan viva, que se me figura andar sobre un pedazo de tu vestido.

Bajaban la voz movidos por un sentimiento religioso. No tuvieron siquiera la curiosidad de mirar al aire para ver el árbol. Demasiado sentían su majestad sobre sus hombros. Albina, con una mirada, preguntaba si había exagerado el encanto

que sentía por los verdes; y Sergio contestaba con dos tersas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Su alegría de hallarse al fin allí era indecible.

—Ven—dijo la joven a su oído, con voz más ligera que un soplo.

Y fué la primera en ir a acostarse al mismo pie del árbol. Tendíale las manos con una sonrisa, mientras que él, en pie, sonreía también, dándole las suyas. Cuando las tuvo, lo atrajo lentamente hacia ella. Sergio cayó a su lado y la estrechó en seguida contra su pecho. Aquel abrazo les produjo un gran bienestar.

—¡Ah! ¿Te acuerdas—le dijo,—de aquella pared que parecía separarnos? Ahora te siento junto a mí, nada hay entre nosotros... ¿ahora no pades?

—No—contestó la joven.—Se está aquí bien.

Y guardaron silencio sin desprenderse. Una emoción deliciosa, sin sacudidas, suave como una superficie de leche derramada, se apoderaba de ellos. Acto seguido, Sergio deslizó las manos a lo largo del cuerpo de Albina. Y repetía:

—Tu rostro me pertenece, tus ojos, tu boca, tus mejillas... Tus brazos son míos, desde las uñas hasta los hombros.

Besábale los pies, le besaba las rodillas. Bañábala con una lluvia de besos, que caían en anchas gotas, tibias como las gotas de un aguacero de estío, en todas partes, azotándole el cuello, los senos, las caderas, los costados; era una toma de posesión sin arranques, continua, conquistando las más pequeñas venas azules bajo la sonrosada piel.

—Te tomo para qué te me des—repuso.—Quiero darme a ti por entero, para siempre; pues, muy bien ahora lo conozco, tú eres mi dueña, mi soberana, la que yo debo adorar de rodillas. Estoy aquí tan sólo para obedecerte, para permanecer a tus plantas, acechando tu voluntad, protegiéndote con mis brazos extendidos, apartando con mi aliento

las voladoras hojas que pudiesen turbar tu paz... ¡Oh! Permíteme que desaparezca, que me absorba en tu sér, que sea el agua que bebes, el pan que comes. Tú eres el objeto de mi vida. Desde el punto y hora en que me desperté en medio de este jardín, he ido a ti, para ti he crecido. Siempre, como objeto, como recompensa, he visto tu gracia. Pasabas al sol, con tu cabellera de oro; eras una promesa anunciándome que me harías conocer un día la necesidad de esta creación, de esta tierra, de estos árboles, de estas aguas, de este cielo, con cuyo supremo nombre no acierto aún. Te pertenezco, soy tu esclavo y te escucharé puestos mis labios sobre tus pies.

Decía todo aquello, inclinado a tierra, adorando a la mujer. Albina, rebotante de orgullo, dejábase adorar. Tendía los dedos, los senos, los labios, a devotos besos de Sergio. Sentíase reina, al contemplarle tan fuerte y tan humilde ante ella. Le había vencido, tenía a merced suya, podía con sólo una palabra disponer de él. Y lo que la convertía en omnipotente era el oír en torno de ellos al jardín regocijarse con su triunfo, ayudándola con lento y creciente clamor.

Sergio ya no hacía sino balbucear. Sus besos se extraviaban. Y proseguía murmurando:

—¡Ah! yo quería saber... Querría cogerte, guardarte en mi poder, morir quizás, o echarnos a volar, no puedo decir...

Ambos turbados, permanecieron mudos, perdiendo la respiración, con la cabeza dándoles vueltas. Albina tuvo la fuerza de levantar un dedo, como para invitar a Sergio a que escuchase.

Era el jardín el que había querido la falta. Durante semanas, habíase prestado al lento aprendizaje de su ternura. Después, en el postrero día, acababa de conducirles a la alcoba de enramadas. Ahora él era el tentador, todas cuyas voces enseñaban el amor. Del jardín llegaban aromas de flores desfallecidas, un prolongado cuchicheo, que refería

las bodas de las rosas, las voluptuosidades de las violetas; y nunca las sollicitaciones de los heliotropos habían manifestado más sensual ardor. Del vergel eran hálitos de maduros frutos los que llevaba el viento, un olor penetrante de fecundidad, la vainilla de los albaricoques, el almizcle de las naranjas. Las praderas elevaban una voz más profunda, compuesta de los suspiros de millones de hierbas que besaba el sol, inmensa queja de un muchedumbre en celo, que enternecían las frescas caricias de los ríos, las desnudeces de las corrientes aguas, en cuyas márgenes los sauces soñaban sus deseos en alta voz. La selva exhalaba la gigante pasión de las encinas, los cantos de órgano de las altas arboledas, una música solemne, acompañando el himeneo de los fresnos, de los álamos blancos, de los ojaranzos, de los plátanos, al fondo de los santuarios de follaje; mientras que las malezas, los jóvenes tallares, veíanse henchidos de un jugueteo adorable, de una batahola de amantes persiguiéndose, lanzándose al borde de los fosos, robándose el placer, en medio de un gran rozamiento de ramas. Y en aquel acoplamiento del parque entero, los más rudos abrazos oíanse a lo lejos, en los peñascos, allí en donde el calor hacía estallar las piedras henchidas de pasión, en donde las plantas espinosas amaban por modo trágico, sin que los vecinos manantiales fuesen parte para aliviarlas, inflamados también ellos por el astro que bajaba a su lecho.

—¿Qué dicen?—murmuró Sergio, desatinado.
—¿Qué quieren de nosotros al suplicarnos así?

Albina, sin hablar, lo estrechó contra ella.

Las voces habían llegado a ser más inteligibles. Los animales del jardín, a su vez, les gritaban que se amasen. Las cigarras cantaban de ternura hasta morir. Las mariposas esparcían besos, al batir de sus alas. Los gorriones demostraban caprichos de

sultanes vivamente paseados en medio de un serrallo. En las claras aguas había millones y millones de peces depositando su desove al sol, llamadas ardientes y melancólicas de ranas, toda una pasión misteriosa, monstruosamente saciada en la amarillenta insipidez de los cañaverales. En el fondo de los bosques, los ruiseñores lanzaban sus cristalinas risas de voluptuosidad, bramaban los ciervos, embriagados de concupiscencia tal, que espiraban de cansancio al lado de las hembras, casi con el vientre abierto. Y sobre las lajas de las rocas a la orilla de los raquíuticos matojos, veíanse culebras, ligadas de dos en dos, silbando con dulzura; mientras que los grandes lagartos empollaban sus huevos, con la espina dorsal vibrante con ligero ronquido de éxtasis. De los rincones más retirados, de las extensiones asoleadas, de los parajes de sombra, ascendía un olor animal, cálido por el celo de todo el universo. Toda aquella vida pululante presentaba un estremecimiento de concepción. En cada hoja concebía un insecto; en cada mata de hierba nacía una familia; moscas, volantes, adheridas unas a otras, no esperaban afianzarse para quedar fecundadas. Las partículas de vida invisibles que pueblan la materia, los átomos también de la materia, amaban, se apareaban, daban al suelo un balanceo voluptuoso, haciendo del parque una gran fornicación.

Entonces Albina y Sergio comprendieron. El no dijo nada y la atrajo a sus brazos cada vez más estrechamente. La fatalidad de la generación les rodeaba; cedieron a las exigencias del jardín. El árbol fué el que confió al oído de Albina lo que las madres murmuran a las desposadas la noche de sus bodas.

Entregóse Albina y Sergio la poseyó.

Y el jardín entero se confundió con la pareja en un postrimer grito de pasión. Los troncos se plegaron como a impulsos de formidable viento; las hierbas dejaron escapar gemidos de embriaguez;

las flores, desmayadas, con los labios abiertos, exhalaron su alma, y hasta el cielo, abrasado en una puesta de astro, tuvo nubes inmóviles, nubes desmayadas, de las que se desprendía un hechizo sobrehumano. Y era todo una victoria para los animales, para las plantas, para las cosas, que habían querido la entrada de aquellos dos niños en la eternidad de la vida. El parque aplaudía por modo formidable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

Cuando Albina y Sergio se despertaron del estupor de su felicidad, se sonrieron. Volvían de un país de luz. Bajaban de muy alto. Entonces se estrecharon las manos, para darse las gracias. Reconociéronse y se dijeron:

—Te amo, Albina.

—Sergio, te amo.

Y nunca la frase "te amo" había tenido para ellos un sentido tan soberano. Lo significaba todo, todo lo explicaba. Durante un tiempo que no les fué dado medir, permanecieron allí, en delicioso descanso, estrechándose siempre. Experimentaban una perfección absoluta de su sér. El júbilo de la creación les embarazaba, igualábales a las potencias madres del mundo, hacía de ellos las fuerzas mismas de la tierra. Y todavía había en ellos, en su felicidad, la certidumbre de una ley cumplida, la serenidad del objeto, encontrado lógicamente, paso a paso.

Sergio decía, volviendo a estrecharla en sus fuertes brazos:

—Ya ves, estoy curado, me has dado toda tu salud.

Albina contestaba, abandonándose:

—Tómame toda entera, toma mi vida.

Una plenitud de vida subíales hasta los labios.

En la posesión de Albina, acababa Sergio de encontrar por fin su sexo de hombre, la energía de sus músculos, el valor de su corazón, la última salud que hasta entonces había faltado a su larga adolescencia. Ahora sentíase completo. Tenía sentidos más claros y una inteligencia de mayor amplitud. Era como si, de improviso, se hubiese despertado león, con la realeza de la llanura, con la vista del cielo libre. Cuando se levantó, sus pies se asentaron fijamente en el suelo, desarrollóse el cuerpo, orgulloso de sus miembros. Tomó las manos de Albina, a quien, a su vez, puso en pie. Vacilaba un poco y tuvo que sostenerla.

—No temas—dijo.—Tú eres aquella a quien yo amo.

Ahora ella era la sirvienta. Inclínaba la cabeza sobre su hombro, mirándole con ademán de agradecimiento llena de inquietud. ¿No le guardaría rencor por haberle llevado allí? ¿No le echaría un día en cara aquella hora de adoración, en la que se había llamado esclavo suyo?

—¿No estás enfadado?—le preguntó con humildad?

Sergio se sonrió, anudándole los cabellos y acariciándola con los dedos, como a un niño.

La joven prosiguió:

—¡Oh! ya verás, me volveré muy pequeñita. Ni siquiera sabrás que me encuentro a tu lado. Pero tú me dejarás de esta manera en tus brazos, ¿verdad? pues necesito que me enseñes a andar... Páreceme que ahora ya no sé andar.

Después se puso muy seria.

—Es preciso que me quieras siempre; seré obediente, trabajaré para complacerte, te lo abandonaré todo, hasta mis más secretas voluntades.

Sergio sintió como un acrecentamiento de poder, al verla tan risueña y tan cariñosa. La preguntó:

—¿Por qué tiembles? ¿Qué es lo que te puedo reprochar?

Albina no contestó y miró casi con tristeza al árbol, los verdes, las hierbas que habían hallado.

—¡Ah, niña grande!—repuso Sergio con una sonrisa.—¿Temes acaso que te guarde rencor por el dón que me has concedido? ¡Bah! eso no puede ser una falta. Nos hemos amado como debíamos amarnos... Querría besar las huellas que tus pasos han dejado, cuando me has traído aquí, así como beso tus labios que me han tentado, lo mismo que beso tu seno que acaba de dar cima a la cura comenzada ¿no te acuerdas? con tus frescas manitas.

Albina movió la cabeza. Y apartando los ojos para evitar el ver más el árbol:

—Llévame de aquí—le dijo en voz baja.

Sergio se la llevó a paso lento. Por su parte, dirigió por última vez al árbol una larga mirada, como para darle gracias. La sombra se hacía cada vez más oscura en aquel claro; un estremecimiento de mujer sorprendida al acostarse, se desprendía de la verde enramada. Cuando al salir de los follajes, volvieron a ver el sol, cuyo resplandor llenaba todavía un lado del horizonte, se tranquilizaron, Sergio sobre todo, que encontraba en cada ser, en cada planta, un sentido nuevo. En torno suyo todo se inclinaba, todo llevaba un homenaje a su amor. El jardín era ya tan sólo una dependencia de la hermosura de Albina, y parecía haber tomado mayores proporciones, haberse embellecido más aún en el beso de sus señores.

Pero la alegría de Albina permanecía llena de inquietud. Interrumpía sus risas para prestar atento oído, en bruscos estremecimientos.

—¿Qué tienes?—le preguntó Sergio.

—Nada—le respondía con furtivas miradas a su espalda.

No sabían en qué perdido rincón del parque se encontraban. Con frecuencia les divertía el ignorar a dónde su capricho les impulsaba; mas en esta ocasión sentíanse acometidos de una turbación, de un embarazo singular. Poco a poco fueron acele-

rando el paso y se hundieron cada vez más en un laberinto de matorrales.

—¿No has oído?—dijo medrosamente Albina, quien se paró falta de aliento.

Y como él escuchase, pastó a su vez de la ansiedad que ella no podía ya ocultar:

—Las arboledas están cuajadas de voces—continuó.—Tomaríaselas por gentes que se burlan. Oye, ¿no es una carejada lo que viene de aquel árbol? Y allá abajo, ¿no se desprendió de aquellas hierbas un murmurio, cuando las rocé con mi vestido?

—No, no—respondió él, queriendo tranquilizarla;—el jardín nos ama. Si hablara, no sería para asustarte. ¿No tienes presentes todas aquellas cariñosas palabras susurradas en las hojas?... Eres nerviosa y tienes fantasías...

Pero ella movió la cabeza, murmurando:

—Ya sé que el jardín es amigo nuestro... Entonces, es que alguien ha entrado. Te aseguro que oigo a alguien. Tiemblo demasiado. ¡Ah! te lo ruego, llévame de aquí, ocúltame.

Volvieron a ponerse en marcha, vigilando las arboledas, creyendo ver aparecer rostros detrás de cada tronco. Albina juraba que se oían pasos a lo lejos, que venían en su busca.

—¡Ocúltémonos, ocúltémonos!—repetía en tono suplicante.

Y poníase encendida como la grana. Era un pudor naciente, una vergüenza que le acometía como un mal, que manchaba el candor de su tez, a donde hasta entonces ni la menor alteración de la sangre había subido. Sergio tuvo miedo al verla tan encarnada, confusas las mejillas y aun los ojos arrasados de lágrimas. Quería amonestarla, tranquilizarla con una caricia; pero ella se apartó y le indicó, con desesperado gesto que ya no estaban solos. Miraba, enrojecía cada vez más, con su ropa desprendida, mostrando su desnudez, sus brazos, su cuello, su seno. Sobre sus hombros los desordenados mechones de sus cabellos, producían un es-

tremecimiento. Trató de recogerse el moño, y luego tuvo miedo de descubrir su nuca. Ahora el roce de una rama, el ligero choque con el ala de un insecto, el menor hálito de la brisa, hacíanla estremecer, como con el deshonesto contacto de una mano invisible.

—Tranquilízate—rogábale Sergio.—No hay nadie. Estás hecha una amapola de fiebre. Descansaremos un instante, te lo suplico.

Albina no tenía fiebre; quería volver a casa sin pérdida de momento, para que nadie pudiese reirse al mirarla. Y apresurando el paso cada vez más, cogía hojas, a lo largo de los setos, con las que cubría su desnudez. Sujetóse a los cabellos una rama de moral; arrollóse a los brazos guirnalda de campanillas, y se las ató en las muñecas; púsose en el cuello un collar, compuesto de ramos de sahuquillo tan largos, que le cubrían el pecho con un velo de hojas.

—Que ¿vas al baile?—le preguntó Sergio, tratando de hacerle reír.

Pero ella le arrojó las hojas que continuaba cogiendo, y le dijo en voz queda, como alarmada:

—¿No ves que estamos desnudos?

Tuvo vergüenza a su vez y ciñó las hojas alrededor de su estropeado traje.

Entre tanto no les era posible salir de las malezas. De repente, al extremo de una senda, se encontraron de manos a boca con un obstáculo, consistente en una masa gris, alta, severa. Era la cerca del Paradou.

—¡Ven, ven!—gritó Albina.

Quería arrastrarle; mas aún no habían dado veinte pasos cuando se tropezaron con la pared. Entonces siguieron a su orilla corriendo, sobrecogidos de pánico. Presentábase sombría, sin una hendidura al exterior. Después, al borde de un prado, pareció súbitamente desmoronarse. Una brecha abría, con vista al vecino valle, una ventana de luz. Aquel debía de ser el agujero de que Albina

había hablado un día, el agujero aquel que decía haber tapado con zarzas y piedras; las zarzas se arrastraban por esparcidos trozos como cuerdas cortadas, las piedras habían sido lanzadas a lo lejos, y la brecha parecía haber sido agrandada por una mano furiosa.